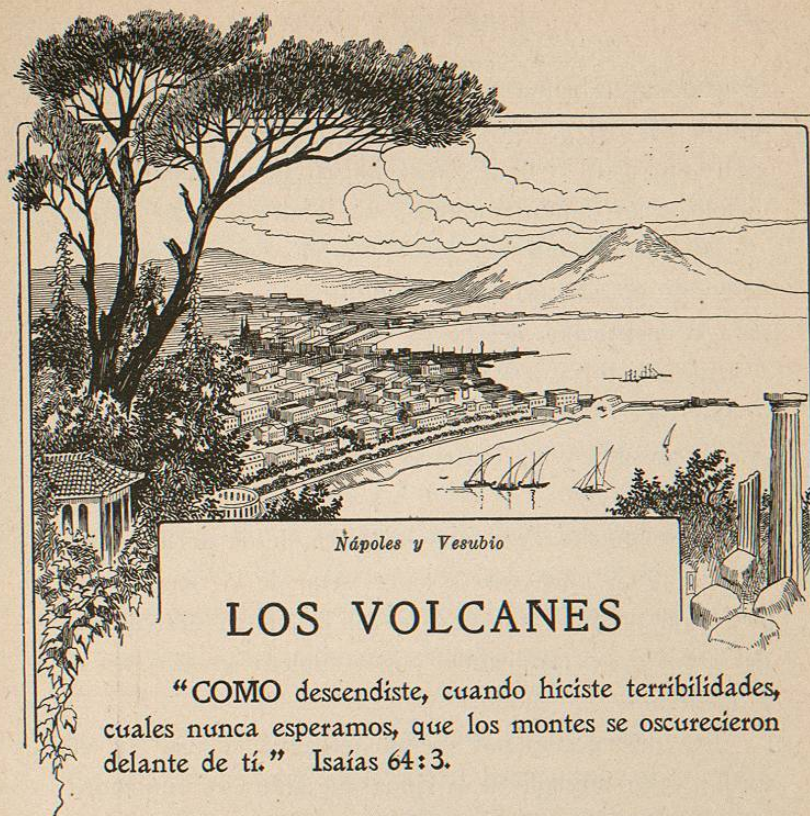


y la fortaleza de los hijos de Israel.” Joel 3: 10. Sobre este punto léase con mucho cuidado Ezequiel 39: 19, 20.

Las islas del océano desaparecerán; los montes serán volados; y las obras de los hombres serán mezcladas en una vasta ruina.

Este terremoto es parte de la calamidad que ha de venir bajo la séptima plaga, como se registra en la Revelación capítulo 16: 17-21. La séptima plaga es la última de las siete que Dios derrama en juicio sobre los malos de la tierra. El próximo suceso es la venida del Hijo del hombre en las nubes del cielo.

Que nosotros, habiendo hecho nuestra paz con Dios, podamos ser “guardados en el día del enojo de Jehová.” Que nuestra experiencia sea la predicha por David cuando habló de este tiempo, diciendo: “Caerán á tu lado mil, y diez mil á tu diestra: á tí no llegará. Ciertamente con tus ojos mirarás; y verás la recompensa de los impíos.” Salmo 91: 7, 8.



EN conexión con la consideración de terremotos, en el último capítulo, podemos muy bien presentar ahora el asunto de los volcanes y su actividad siempre creciente, que ahora es tan notable que ofrece materia para un estudio detenido y una investigación científica.

Pedro, al hablar de burladores que habían de levantarse y burlarse de los argumentos que el fin del mundo estaba acercándose, dijo: “Porque ellos ignoran esto voluntariamente, que los cielos fueron en el tiempo antiguo, y la tierra que por agua y en agua está asentada por la palabra de Dios; por lo cual el mundo de entonces



pereció anegado por agua. Empero los cielos que son ahora, y la tierra, son conservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio, y de la perdición de los hombres impíos." 2 Pedro 3:5-7.

De esto entendemos que el mundo que fué una vez destruído por las aguas del Diluvio, ahora es conservado para la destrucción del fuego.

En la historia de la destrucción de la tierra por agua, se nos dice: "Fueron rompidas todas las fuentes del grande abismo, y las ventanas de los cielos fueron abiertas." Génesis 7:11.

No solamente descendió la lluvia desde arriba, sino que las aguas almacenadas en el seno de la tierra rompieron su prisión, aumentando así la fuerza destructiva del Diluvio, y cambiando por completo la faz de la naturaleza.

Esta destrucción por medio del agua se usa por el apóstol como símbolo de la ruina que ahora es inminente por medio del fuego; que la Palabra de Dios nos asegura que de cierto viene. Por tanto debemos creer que el Señor no solamente lloverá fuego del cielo, como lo hizo sobre Sodoma y Gomorra, sino que también los fuegos internos saldrán de las entrañas de la tierra.

Algo de esto parece ser simbolizado por Isaías en el capítulo 34:9, donde dice; "Y sus arroyos se tornarán en pez, y su polvo en azufre, y su tierra en pez ardiente." En el versículo anterior se declara que es una descripción del "día de venganza de Jehová: año de pagamentos en el pleito de Sión."

También el apóstol Judas nos dice (Judas 7) que

"Sodoma y Gomorra" son puestas por ejemplo "habiendo recibido la venganza del fuego eterno"—eterno en sus consecuencias. Es verdad que la historia del Diluvio, dada en el Génesis, no dice nada de erupciones volcánicas en conexión con la destrucción de las ciudades mencionadas, mas el hecho de que los sitios de aquellas ciudades ahora están cubiertos por las aguas del Mar Muerto, que está 1317 pies debajo del nivel del Mediterráneo, con otras evidencias que se pudiesen citar, indica claramente que la cuenca de este mar es el cráter de un volcán extinto.

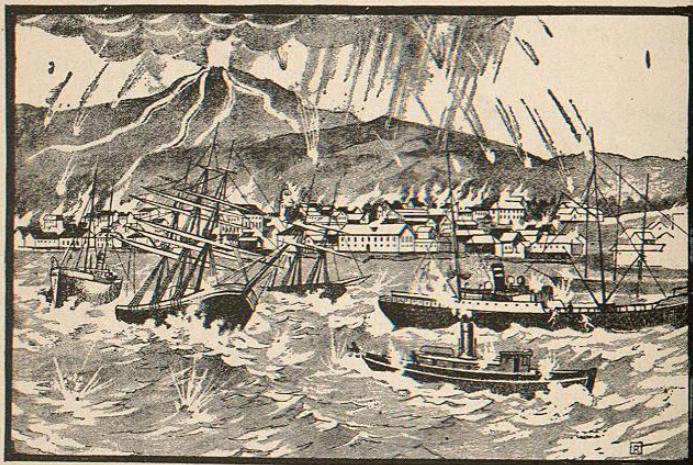
Teniendo presente que cuando la tierra fué destruída por el agua, lluvia no sólo cayó desde arriba, sino que el agua salió de abajo; y también, que de la manera que fué destruída por agua, así será deshecha por fuego, y que Sodoma y Gomorra son puestas por ejemplo, la conclusión es razonable que, no sólo cayéron fuego y azufre del cielo sobre estas ciudades, sino así mismo el fuego salió del seno de la tierra, haciendo la destrucción más completa; porque cuando la tierra cesó de vomitar el fuego, aun las ruinas habían desaparecido, engolfadas como las compañías de Coré, Datán y Abirom en el desierto.

¿Quién no recuerda de oír con terror por primera vez la historia de la destrucción de Pompeya por la erupción del Vesubio, en el año 79 después de Cristo? Pero sucesos más modernos han excedido esto tanto en severidad que han puesto la ruina de la ciudad de Pompeya casi en olvido completo.

No es necesario buscar los anales del pasado para aprender de los poderes destructivos encerrados en los



fuegos internos de la tierra. Tan recientemente como el 12 de Mayo de 1902, St. Pierre, una ciudad de 30,000 habitantes, en la isla de Martinica, fué enteramente destruída en pocos minutos, no dejando ninguno de los que estaban en la ciudad para describir el horror de la escena. Trienta mil almas fueron introducidas á la eternidad en un momento, alcanzadas por el destructor, algunas en la quietud de sus hogares, otras en los lugares



*Erupción volcánica de Monte Pelee, Martinica, Mayo 12 de 1902.*

de negocio, y algunas otras todavía,—lástima es decirlo, —en las guaridas del vicio.

Muchas de las descripciones de esta escena, aunque vívidas, y sin duda exactas en cuanto dicen, faltan de dar un rasgo importante del desastre de Mt. Pelee, esto es, los gases combustibles, que saliendo del monte se extendieron sobre la ciudad y la bahía, envolviendo en su abrazo mortal la ciudad misma y las embarcaciones del

puerto. Este fenómeno sugiere el tiempo predicho por el apóstol Pedro (2 Pedro 3:10) cuando, “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos.”

Aunque no fué el propósito de los autores, muchas de sus descripciones de St. Pierre traen á la mente—

Aquel día conocido por la inspiración santa, cuando con calor ferviente la tierra se derrite, y las obras de hombres orgullosos perecerán como flores de verano marchitadas en el campo, echadas en el horno excesivamente calentado.

Durante diez días en los primeros de Abril, 1906 el Monte Vesubio estaba en espantosa erupción bajo circunstancias más terribles y destructivas que las de alguna otra erupción de este volcán por más de mil ochocientos años. Cuatro ciudades y un número considerable de poblaciones pequeñas han sido enterradas, mientras más de dos mil vidas y propiedades del valor de ochenta y cinco mil pesos de oro han sido destruídas. Las ciudades de Bosco Trecase, Torre dell' Annunziata, Torre del Greco y Ottajano, fueron trastornadas. Otras poblaciones fueron abandonadas por los habitantes aterrorizados, y las corrientes de lava llegaron á Pompeya, mientras las cenizas cayeron en Nápoles, á distancia de seis leguas, en cantidades suficientes para derrumbar las azoteas de casas públicas y privadas, destruyendo así muchas vidas en esta ciudad. Las erupciones eran notables por la formación de nuevos cráteres, por la maravillosa actividad eléctrica, —que tiró vastas rocas incandescentes á una altura de dos mil pies,—por terremotos tremendos, y por emitir



tres grandes corrientes de lava, una de las cuales era de quinientos pies de anchura. Este río de lava destruyó un hotel cerca del cráter, un ferrocarril y en parte el gran observatorio real. Se considera esta erupción como una de las más terribles desde aquella de 79 D. C. en que las ciudades de Pompeya y Herculano fueron sepultadas.

De la condición de la tierra después de este tiempo, dice el profeta: "De generación en generación será assolada. . . . Y extenderse ha sobre ella cordel de nada, y niveles de vanidad." Isaías 34: 10, 11.

¿Quién puede leer estas cosas (y muchas historias semejantes de desastre pudiesen darse, si el tiempo lo permitió), y dudar que por medio de estas visitaciones, ó son mandadas, ó sólo permitidas, Dios amonesta al mundo de aquel día cuando las islas huirán, y los montes no serán hallados, y cuando caerán sobre los hombres un grande pedrisco, "cada piedra como del peso de un talento?"

¿Quién puede oír, ó leer de estas calamidades y no pensar que Dios en misericordia amonesta á todos huir de la ira que viene, mientras la oportunidad les es concedida?



EL CICLON DE ST. LOUIS DE MAYO 27, 1896.  
Esquina de Soular y Broadway del sur.